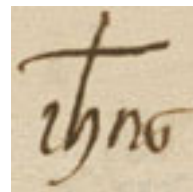


Congregación General 35



Oficina de Prensa S.J., Roma, Italia, Tel.+39-06-68977.289, infosj@sjcuria.org

Roma, 14 enero 2008, n. 4

RENUNCIA DEL PADRE PETER-HANS KOLVENBACH



El 7 de enero 2008, en la primera sesión formal de la Congregación General 35, el Padre General se dirigió a los electores con las siguientes palabras:

Con la bendición del Santo Padre, otorgada el 20 de junio de 2005, y tras haber obtenido un voto positivo de los Asistentes ad Providentiam, y de los Provinciales de toda la Compañía, sobre la seriedad de las razones para presentar la dimisión, presento ahora al juicio de la Congregación General mi renuncia como Superior General de la Compañía de Jesús.

Como se afirma en el artículo 362 de las Normas Complementarias: aunque el Superior General es elegido para toda su vida y no para un tiempo determinado, él puede, sin embargo, en buena conciencia y según derecho, renunciar a su cargo por una causa grave que le haga definitivamente incapaz para las tareas de su cargo. Pienso que la Compañía de Jesús tiene derecho a ser gobernada y animada por un jesuita en plena capacidad de sus dones espirituales y corporales, y no por un compañero cuyas energías continuarán disminuyendo debido a su edad, - pronto tendré 80 años-, y debido a las consecuencias de esa edad, especialmente en el área de la salud. Aunque ni las Constituciones ni las Normas Complementarias lo mencionan, me permito añadir que la elección de un nuevo General dará a la Compañía la gracia divina de la renovación, o para expresarlo con las palabras de San Ignacio, “una nueva devoción”, “nuevas mociones”.

El debate y el voto sobre la dimisión tendrá lugar en la víspera de los cuatro días de “murmuraciones”, a ser fijado por la delegación “de statu Societatis”. De una manera menos formal y más fraterna, la decisión de la Congregación General será comunicada a toda la Compañía. Esto es todo sobre la dimisión.

En la sesión plenaria del 14 de enero, la Congregación sometió a votación la renuncia del Padre General. El moderador, Padre Valentín Menéndez, invitó a los electores a formular preguntas que los cuatros Asistentes *ad Providentiam* se encargarían de responder, acerca de las razones aducidas por el Padre General. A continuación se abrió un espacio de oración seguido por el voto secreto manifestado en forma escrita.

Reanudada la sesión, con la presencia del Padre Kolvenbach que se había ausentado durante la votación, el Padre Valentín Menéndez le comunicó el resultado de la votación que dejaba claro que la Congregación aceptaba respetuosamente las razones que había invocado y le dirigió las siguientes palabras:

En este momento en el que la Congregación General 35 ha aceptado la propuesta de renuncia presentada por Usted, es justo que la misma Congregación aquí reunida, en nombre de toda la Compañía, explice el agradecimiento y reconocimiento que siente hacia su persona y hacia el relevante servicio que el Señor ha querido que preste a la Iglesia y a la Compañía.

En primer lugar queremos decirle que nos sentimos edificados del ejemplo de libertad de espíritu con la que Usted ha interpuesto su renuncia, enmarcándose así en el espíritu del Evangelio y de los Ejercicios, tan distinto de la dinámica de este mundo de aferrarse y luchar por los puestos de poder y de prestigio. Nuestro carisma y legislación no son buenos solo porque propongan bellos ideales, sino sobre todo porque hay personas que saben encarnarlos y vivirlos.

Le estamos particularmente agradecidos por la forma con la que ha sabido conducir a la Compañía después del difícil momento de la intervención Pontificia del año 1981. En estos años ha sabido Usted llevar adelante la nave de la Compañía con serenidad, sabiendo guardar al mismo tiempo fidelidad a la Iglesia y fidelidad al modo de proceder de la Compañía, expresado en sus Constituciones y en sus últimas Congregaciones Generales. Las palabras que hemos escuchado en la homilía del Cardenal Rodé, dichas en nombre de la Iglesia, expresan claramente la estima que la Santa Sede tiene de su persona y de la forma de conducir todos estos años a la Compañía.

Apreciamos también el carisma de unidad que ha representado su persona y su forma de gobierno para una Compañía cada vez más plural y multicultural. En esta diversidad de culturas, maneras de sentir y de pensar, situaciones históricas tan diferentes, y dentro de la libertad de espíritu con la que están acostumbrados a proceder los jesuitas, ha sabido Usted mantener la unión del cuerpo de la Compañía con la atención respetuosa a todos, con su enseñanza llena de sabiduría y equilibrio, con su presencia animadora en todas las provincias.

La confianza que ha mostrado en su manera de gobernar tanto a sus colaboradores en la curia como a todos los provinciales, ha creado un clima de fraternidad y colaboración que expresa muy bien el ideal de ser todos compañeros de Jesús, y que ha revertido en todo el cuerpo de la Compañía.

Que Nuestro Creador y Señor le recompense por este fiel servicio prestado a lo largo de casi un cuarto de siglo. Le pedimos también que le siga bendiciendo en el sitio y trabajo que Él le encomiende para su mayor gloria.

En nombre de toda la CG35 y de toda la Compañía le decimos de corazón: muchas gracias, P. Kolvenbach. Estamos orgullosos de Usted y del servicio que ha prestado en estos difíciles pero apasionantes años que el Señor ha querido concedernos.

Las últimas palabras del Padre Menéndez fueron recibidas con un largo y caluroso aplauso que todos los Delegados, puestos en pie, tributaron al Padre Kolvenbach.



A continuación el Padre Kolvenbach tomó la palabra y con una muestra final de su invencible humorismo agradeció a los Delegados *el modo tan elegante que habéis escogido para destituirme*. Entre risas y plausos, continuó *más seriamente*:

Queridos Padres y Hermanos,

Hoy la Congregación General ha tenido a bien aceptar mi renuncia como Superior General de la Compañía de Jesús. Al final de estos casi 25 años de servicio, quiero en primer lugar dar gracias al Señor, que –para decirlo con palabras de San Ignacio- me ha sido verdaderamente “propicio en Roma”, guiando una Compañía de la que Él ha querido servirse para su mayor gloria.

Estoy también muy agradecido por el privilegio de haber podido encontrar y acompañar a tantos amigos en el Señor, que en tan diversas vocaciones se han revelado siempre auténticos servidores de la Misión de Cristo.

Deseo que ningún jesuita se sienta excluido de este profundo reconocimiento. Sin embargo quiero recordar particularmente a aquellos que en la curia general me han ayudado, todos los días y durante años, a llevar adelante la responsabilidad de la Compañía, juntamente con todos los Superiores Mayores dispersos por todo el mundo.

Ya he podido expresar mi sentida acción de gracias al Santo Padre por sus orientaciones apostólicas, que han permitido a la Compañía continuar su misión “bajo el signo de la Cruz y bajo el Vicario de Cristo en la tierra”.

Tenemos que estar muy reconocidos al Señor porque no obstante la desconcertante diversidad de personas y de culturas, de aspiraciones y de obras, la unión de los espíritus y de los corazones no nos ha faltado nunca, y, a pesar de la fragilidad creciente, la Compañía tiene la

capacidad de dialogar apostólicamente con los desafíos del mundo moderno para anunciarle la única Buena Noticia.

En vísperas de la elección de mi sucesor y de tantas decisiones que la Congregación General tendrá que tomar, me uno a la oración con la que San Ignacio terminaba sus cartas: “quiera el Señor, por su infinita y soberana bondad, dignarse concedernos su gracia perfecta, para que sintamos siempre su santísima voluntad y enteramente la cumplamos”.

Y este fue el colofón de 24 años y cuatro meses velando día y noche por la Compañía, ajeno a cualquier otro interés.

= FIN =